

¿qué haré, Dios mío, qué haré?.... y Mi madre.... las deudas que hemos contraído.... verémos. Y apretó resueltamente el paso hácia la calle Mayor.

En tanto, doña Carmen, postrada de rodillas ante una imagen de Nuestra Señora del Carmelo, cruzadas las manos sobre el pecho y arrasados en lágrimas los ojos, rogaba á la Divina Madre por el hijo de sus entrañas.

CAPÍTULO X.

LA VISITA.

Desengáñate, Luis, estás perdiendo un tiempo precioso; dos meses hace que estás Adriana entre nosotros y nos encontramos como el primer día.

—Ya: ¿tú crees fácil la conquista de la primita? Pues yo te digo que es tarea más árdua de lo que á simple vista parece.

—No veo la razón; ¿deja Adriana de ser mujer? Podrá tener el carácter más ó menos excéntrico, pero al fin es una hija de Eva como todas sus hermanas.

—Y como á tal hay que estudiarla mucho para conocerla, cosa en ella algo difícililla por más que á tu madura experiencia le parezca mentira.

Así hablaban el baron del Monte y su hijo Luis, sentados ambos en un confidente y saboreando dos legítimos habanos de la Vuelta de Abajo, conversacion que fué interrumpida por la llegada de la Baronesa, á cuya presencia levantóse Luis con la doble intencion de ofrecerla el asiento y retirarse; mas adivinólo su señora mamá, y sentándose al lado de su esposo; hizole un ademan que comprenderia fácilmente el jóven, pues desandando lo andado, dirigióse á aquella diciéndola:

—¿Qué me quieres?

—Siéntate y escucha.

—Acercó el baroncito una butaca, y tumbándose en ella con la mayor indolencia, contestó:

—Aquí me tienes; suplicote que seas breve, pues me esperan en el Suizo.

—Tu papá te habrá hablado de la cuestion . . .

—Precisamente nos has interrumpido en ella, contestó el baron despidiendo una bocanada de humo.

—Que me place, porque así la continuáremos los tres, pues preciso es que sepais que el caso es más grave de lo que pensábamos.

—Explicate, dijo Luis arrellanándose en la butaca y cruzando sus piernas.

—El conde del Redil, que ademas de ser conde, posee la friolera de dos millones de renta, y que, como no ignorais, estaba perdidamente enamorado de nuestra hija Lola, anda ahora sobrado distraido con ella y muy atento con su prima, constándome que se ha permitido decir que entre la hija del baron del Monte ó la millonaria Adriana de Wolsey, no es dudosa la eleccion.

—¡Demonio! exclamó Luis tirando lejos de sí el cigarro y cambiando bruscamente de posicion.

—De modo, continuó su padre, que si no andas listo te birlan bonitamente la novia; y tú, el favorecido, el mimado por las mujeres, caerás de tu pedestal, teniendo el consuelo de mirar desde tu caida cómo

otro sin tus méritos se enlaza alegremente con los cuatrocientos millones, que tú, con toda tranquilidad y sin que te costara más trabajo que echar mano de ese arte con que con la Providencia tan pródigamente te ha dotado, podías meter en tu bolsillo.

—¡Oh, jamás! exclamó el joven levantándose y dando algunos pasos por el aposento.

—Y lo más trascendental del caso, continuó la baronesa, es que de dos partidos tan brillantes no conseguiremos ninguno, al paso que realizando tu boda con Adriana, apresurábase el conde á dar su mano á Lola, por ser hermana del primer personaje de la corte, que tal será el que posea tan pingüe fortuna. ¡Y si vierais nuestra pobre niña qué triste está desde que vé el proceder de su novio!

—¿Pero ella le amaba? preguntó el baron.

—¡Vaya una pregunta! ¿Cómo no ha de amar á un hombre de sus condiciones? ¿á

un hombre que cuenta con dos millones anuales?

Esta razon debió parecerles irrefutable á padre é hijo, pues ambos hicieron un movimiento de cabeza que queria decir:

—Cierto, ciertísimo.

La baronesa continuó.

—Ademas de esto, y como no podia menos de suceder, Adriana se está poniendo de moda en términos que no se habla de otra persona en la corte. Se ensalza su belleza hasta los serafines; sus virtudes, hasta el mismo Dios; de modo, que si su fama se echa á volar por esos mundos, que sí lo hará, porque el sonido del oro es capaz de poner en veloz movimiento al mismo sol, no será extraño que de la noche á la mañana nos encontremos con que un príncipe extranjero nos la arrebatara, dejándonos á nosotros con todas nuestras esperanzas convertidas en humo.

—¡Por los cielos! gritó Luis; habeis creído acaso que soy algun títere de carton que basta un ligero soplo para derribarlo?

—No es el caso evitar que te derriben, sino que lo intenten. El caso es anunciar oficialmente tu enlace con ella; este es el golpe de Estado que desarma á todos los partidos.

—Pues os doy palabra de que así sucederá.

—Es preciso que te anuncie ella misma.

—Lo hará, contestó el jóven con energía y brillando en su mirada todo el ardor con que se preparaba á la conquista. ¿Dónde está Adriana?

—En el salon naranja, en compañía de tus hermanas, pues se ha empeñado en aburrirlas enseñándolas á hacer un encaje.

—No deja de ser ocurrencia, contestó el baron.

—Como suya, murmuró su esposa.

—Voy á que me anuncien ahora mismo.

—Cuidado, Luis, repuso su padre; no olvides que la oportunidad es la clave de los mayores sucesos.

—Descuida, contestó el jóven.

Precipitose al corredor en direccion al

salon naranja, donde ántes que él encontráramos á la duquesa sentada entre sus dos primas, y sosteniendo en sus rodillas un pequeño bastidor, en el que sus delicados dedos tejian un precioso encaje, al par que decia mostrándoles la labor, que ellas no miraban:

—¿Veis? terminado este calado y sin tocarle del bastidor, se recortan con mucho tiento las ondillas y está el encaje concluido. Puede hacerse más complicado, si se quiere, pero yo he preferido enseñaros esta muestra sencilla, porque siendo tan fácil, es probable que la hagais, ¿no es cierto?

—Sí, contestó Aurora llevándose el pañuelo á la boca para disimular un bostezo.

Lola siguió jugando con un rizo que le caia sobre el pecho, y la duquesa, como si no entendiera el bostezo de la una y la indiferencia de la otra, continuó:

—¡Aprendí á hacer esta labor en días más felices!

—Cualquiera diria que no eres feliz aho-

ra, contestó Aurora por decir algo; y animada al ver que la labor de la prima tocaba á su término.

—Me falta mi padre para mi felicidad; á su lado aprendí este trabajo; enseñómelo á hacer una amiga muy querida. ¡Qué ratos tan deliciosos pasábamos las dos!....

—Mucho te echará ahora de ménos, contestó maquinalmente Aurora, disimulando otro bostezo.

—Dices bien; mucho ha sentido mi ausencia, mas no así en adelante, pues mi amiga está en España.

—¿En España?

—En Madrid.

—¿De véras? ¿Y nada nos habias dicho? Entónces, ¿por qué no viene á verte?

—No ha podido hasta ahora por hallarse enferma; mas no tardará en hacerlo, porque ya está completamente restablecida.

Soltó Lola el rizo con el que jugaban sus dedos, y cambiando de posicion con la mayor indolencia, murmuró:

—Recibirémos gran placer en conocerla, y no ménos honor en compartir contigo su amistad.

Sonrió irónicamente Adriana, diciendo: —Igual honor y placer sentirá ella, pues es muy grato á los desgraciados tener amigos que les presten sus consuelos.

—¿Cómo se llama?

—Isabel del Castillo; vosotras la habeis visto, pero es probable que no la recordéis.

Hicieron las dos hermanas un gesto de sorpresa, é iban á formular una pregunta; mas fueron interrumpidas por la voz de un criado que dejó oír estas palabras:

—El señorito pide permiso....

—Que pase, contestó resueltamente Lola levantándose de su asiento para poner de lado una figurita que estaba de frente.

Entró Luis, y despues de saludar cortesmente á su prima, acomodóse en el asiento que su hermana dejara al lado de ésta, la que, despues de corresponder al saludo

del joven, emprendió de nuevo la labor que estaba terminando.

—¡Divino trabajo! murmuró Luis.

—¿Te gusta? contestó la duquesa sin levantar los ojos del bastidor.

—¿Cómo no? Es obra tuya, y para mí, aunque no tuviera otro mérito, éste es suficiente para admirarlo.

—He hecho esta muestra para tus hermanas, pues es labor fácil y les gustará hacerla.

—No, prima mía; mis hermanitas no la harán.

—¿Por qué preguntó Aurora yendo á juntarse con su hermana, que estaba hojeando un álbum de personajes, como ellas decían, el cual lo encabezaba el retrato del emperador de Rusia, y luego, como escalafón, seguían todos los emperadores y reyes de la cristiandad, príncipes reales de todas las sectas; renombradas personas de las cinco partes del mundo; tres ó cuatro compañías, de ópera, se entiende; los cantantes de *primo cartel*; una docena de ce-

lebridades en el arte de Terpsícore, en diferentes posiciones, y todas á cual mejor, cerrado tan peregrino álbum el retrato de un monó sabio que hacia poco tiempo habia estado en la corte y llamado la atención con sus monadas y lindezas, que eran un prodigio. Ya se vé, era una celebridad, y creyeron del caso poner su bella efigie en el álbum de los personajes, nombre que le cuajaba como á mí el de turco, pues en verdad, no creo que una bailarina sea un personaje, por más que con una pirueta se remonte á las estrellas; sin embargo, á ellos les pareció bien esta miscelánea, y mezclaron á las personas reales con los reyes de comedia y éstos con las boleras y monos.

—No lo hareis, dijo Luis contestando á las palabras de su hermana, porque no sois Adriana.

—¿Qué quieres decir? preguntó ésta.

—Que el trabajo es una virtud que jamas han tenido mis hermanas; tú la tienes, porque no te falta ninguna.

—¡Oh! ¡Qué más quisiera yo! dijo la duquesa.

—Sin embargo, murmuró Lola, ya que nunca lleguemos á ser como ella, podemos, no obstante, imitarla en algo. A su lado hemos aprendido cosas muy buenas; ¿por qué no podemos aprender ésta?

—Dejemos tal conversacion, murmuró Adriana con desagrado; la adulacion es propia de las almas vulgares; no hagais nunca uso de ella, os lo suplico.

Mordiéronse sus primas los labios, y volviendo la hoja, fijaron su atencion en una Norma en actitud de golpear el bronce sagrado.

—¿Crees que mis hermanas han exajerado? murmuró Luis al oido de su prima.

—Sí.

—¿Crearás que exajero si te digo que desde que honró tu presencia esta casa me estoy volviendo otro hombre?

Dirigóle Adriana una mirada indefinible; su primo continuó:

—Créelo, vida mia; todos los hombres

serian perfectos con una Adriana de Wolsey al lado. Yo, que ántes solo me ocupaba de frivolidades, comprendo y me siento ahora capaz de todo lo bueno y lo bello; mi corazon me arrastra hácia el bien, porque me arrastra hácia tí.

—¡Magnífico! exclamó la duquesa soltando lo aguja; concluí ya mi tarea. ¿Quereis recortarlo?

—Como quieras, murmuraron sus primas.

—Como tengo más práctica en ello, lo haré yo más fácilmente.

Y tomando unas tijeras muy finas, empezó á desprender el encaje del bastidor.

—Adriana, repuso el jóven, lo que haces conmigo no es propio de tu angélico corazon. ¿Qué mal te ha hecho? ¿En qué te he faltado para que tan duramente correspondas al vivo amor que en mi corazon has encendido?

—No te acerques tanto, Luis, porque puedes hacerme cortar un hilo por otro y echar á perder todo mi trabajo.

—Si no te conociera; si no supiera que